**CRISTO, EL FUNDAMENTO DE LA RESTAURACIÓN EN JOB**

Job 42:10; 16-17

INTRODUCCIÓN:

 Martín Lutero dijo que el libro de Job es “magnífico y sublime como ningún otro libro de las Escrituras”, y el gran poeta inglés Lord Alfred Tennyson (1892) dijo que el libro de Job “es el mejor de todos los poemas, tanto antiguos como modernos”, incluso siendo que la poesía hebrea no tiene métrica ni rima, como ocurre con el castellano y con otros idiomas. Este estilo de poema se basa en el ritmo de los pensamientos, es decir, que se repite el mismo pensamiento en diferentes palabras para formar coplas sinónimas o también antitéticas. Pero su riqueza no está en su estilo sino en su contenido en el cual se trata de responder a las preguntas que la humanidad se ha hecho a través de los siglos, como por ejemplo ¿Qué motiva el sufrimiento humano? O ¿por qué a la gente buena a veces le va mal y a la gente mala le va bien? ¿Por qué Dios guarda silencio ante la injusticia? ¿Por qué no interviene cuando sufren los inocentes? Y otras preguntas semejantes. Por eso podemos afirmar que el libro de Job toca los temas más difíciles de responder, y para muchos se ha convertido “en el libro más difícil del Antiguo Testamento”.

 El libro comienza describiendo cómo Satanás se empeñó en destruir todo lo que tenía Job, incluyendo a sus hijos, su hacienda, sus posesiones e incluso su salud, dejándolo tan mal que era difícil creer en el estado en qué quedó. Cuando llegaron sus amigos para visitarle, se nos dice que “sus amigos no lo conocieron y lloraron a gritos”. Satanás lo hirió con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza. La sarna es una enfermedad contagiosa, que consiste en una multitud de vesículas y pústulas diseminadas por el cuerpo producidas por el ácaro o arador, las cuales causan una viva picazón. Así que debido a esta terrible picazón y porque Job se rascaba continuamente, su cuerpo de Job quedó en carne viva y su rostro se desfiguró como el de un monstruo. Sus amigos al verle “se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches y ninguno le hablaba palabra porque veían que su dolor era muy grande” (2:3).

 En medio de ese dolor, Job comienza a expresar su deseo de no haber nacido, y así se inicia un diálogo entre Job y sus amigos. De estos diálogos y las respuestas de Job, y más delante de la intervención en la conversación de un nuevo personaje llamado Eliú y de la intervención de Dios mismo podemos aprender muchas cosas por medio de las cuales podemos ser restaurados en tiempos de crisis y de sufrimiento.

**I PODEMOS APRENDER A SUPERAR NUESTROS TEMORES**

Job 3:25 “Porque el temor que me espantaba me ha venido, y me ha acontecido lo que yo temía”.

 Y después de decir esto, añadió “No he tenido paz, no me aseguré, ni estuve reposado; no obstante, me vino turbación” (26). Y aquí sus palabras denotan que tenía una gran frustración, porque vivió toda su vida temeroso de que algo malo podría pasarle; toda su vida estuvo intranquilo, sin paz, sin confianza y sin descanso en medio de la abundancia y bienestar que tenía, para que a la postre recibiera todo aquello que temía, y así se cumplió en él las palabras de 1 Juan 4:18 “porque el temor lleva en sí castigo”, o en otras palabras, “el temor atrae al dolor”, como si fuera un pararrayos en los días de tormenta.

 Toda su dedicación y consagración, y todos los sacrificios que hizo y sus oraciones a favor de sus hijos para que nada malo les sucediera, no le sirvieron. Todos los días Job “santificaba a sus hijos, ofrecía holocaustos por ellos” y decía “Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones” (1:5) no pudo evitar que todos murieran, porque el texto dice: “y un gran viento vino del lado del desierto, y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes y murieron” (1:19). Siete hijos y tres hijas murieron el mismo día sepultados por los escombros. Y lo mismo ocurrió con sus 7 mil ovejas, 3 mil camellos, mil bueyes, quinientas asnas que murieron quemadas, ni pudo evitar la muerte de sus criados durante el ataque de bandas armadas. Su miedo y su temor permanente no pudieron evitar el “día malo”.

Job temió toda su vida que esto sucediera. Así que cuando hacía un bien lo hacía “por las dudas”, y cuando ayudaba a los demás y se mostraba generoso lo hacía a causa de su temor del futuro. Así que nos preguntamos ¿de qué le sirvió tanto miedo? ¿Acaso su permanente temor lo libró del mal?

 Cuánta sabiduría hay en las palabras de Jesucristo cuando dijo “no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta cada día su propio mal” (Mateo 6:34). Job, en cambio, se preocupó, se afanó, por el día de mañana y perdió el gozo y la alegría de cada día pensando mal de su futuro. Así que Job sufrió antes y después. Sufrió antes pensando que algo malo podía pasarle, y sufrió después porque no entendía qué le pasó.

 ¿Estás temiendo que algo malo puede pasarte? ¿Tienes miedo por tus hijos o tus padres? ¿Te asustas por lo que oyes y ves en la televisión? ¿No puedes dormir pensando en el futuro? Si recibiste a Jesucristo en tu corazón, puedes tener la plena certeza que el Señor está en tu vida, que él controla tus circunstancias, y te dice “No temas, yo estoy contigo”. Cuando a Jairo le dijeron que su hija acababa de morir, Jesús le dijo “No temas, cree solamente y será salva” (Lucas 8:50). En la vida y en la muerte, Jesús está con nosotros. Y por eso podemos decir con Pablo “si vivimos para el Señor, vivimos, y si morimos para el Señor morimos”, porque Cristo venció a la muerte y nos prometió la vida eterna.

 Así que de nada sirve que vivas angustiado por algo que tal vez nunca va a ocurrir. Vive el presente, disfruta de cada día, de cada amanecer y cada ocaso. Agradece por todo a Dios y vive feliz en el Señor, como dice Pablo “alégrense en el Señor”.

**II PODEMOS APRENDER A APLICAR LA VERDAD ADECUADAMENTE**

Todo el libro nos muestra que sus amigos querían convencer a Job que todo lo que le había pasado: la muerte de sus hijos, la pérdida de sus posesiones y riqueza, la horrible enfermedad que estaba sufriendo era su culpa. Que Job había pecado y debía arrepentirse para ser sanado y recuperar todo. Esta argumentación la repiten una y otra vez sus amigos Elifaz, Bildad y Zofar. Y en respuesta Job se defiende e insiste que es inocente. Los argumentos que emplean sus amigos son ciertos y estaban diciendo la verdad. Muchas cosas que ellos han dicho están en toda la Biblia, pero las aplicaron mal, porque pre juzgaron a Job, y de antemano asumieron que era culpable sin conocerlo ni conocer los hechos.

Veamos como muestra un botón, es decir, veamos una gran verdad expresada por Elifaz, uno de sus amigos en Job 5:17 “He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; por tanto no menosprecies la corrección del Todopoderoso”.

 Es cierto que el castigo o la disciplina de Dios es una gran bendición cuando hemos hecho algo malo. Es una bendición porque nos hace recapacitar y modificar nuestra conducta, nos libra de males mayores y nos hace mejores personas. Y Elifaz llegó a la conclusión y estaba convencido que Job estaba siendo castigado por Dios por haber cometido algún pecado muy grande y que no era inocente en absoluto. En 5:7 dijo “Recapacita ahora ¿Qué inocente se ha perdido? ¿dónde han sido destruidos los rectos? Yo he visto, los que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan”. En otras palabras le estaba diciendo “lo que sembraste estás cosechando”.

 También le dijo que las desgracias no vienen solas (6:6) “Porque la aflicción no sale del polvo, ni la molestia brota de la tierra”. Dijo algo así “lo que te pasa, por algo será”.

 Además, Elifaz se puso como ejemplo y le dijo lo que haría en su lugar. “Ciertamente yo buscaría a Dios, y encomendaría a él mi causa” (5:8). Y así de manera indirecta está acusando a Job que no está buscando a Dios de todo corazón y que, por lo tanto, debía arrepentirse de su rebeldía.

 Por último Elifaz le anticipa los beneficios y las bendiciones que tendrá si Job se arrepiente. Así mencionó 9 bendiciones:

1. “El hace la llaga, y él al vendará, el hiere y sus manos curan”.
2. “En seis tribulaciones te librará, y en la séptima no te tocará el mal”.
3. “En el hambre te salvará de la muerte”.
4. “Y del poder de la espada en la guerra”.
5. “del azote de la lengua serás encubierto” (te librará de las críticas).
6. “tendrás paz en tu tienda” o “en tu casa todo estará tranquilo”.
7. “Visitarás tu morada y nata te faltará” (o “no te faltará nada en tu casa”).
8. “Asimismo echarás de ver que tu descendencia es mucha”.
9. “Vendrás en la vejez a la sepultura”, (o “morirás siendo viejo”).

La argumentación de Elifaz fue magistral, muy correcta y difícil de contradecir, si no fuera porque se estaba equivocando de punta a punta. Su diagnóstico estaba totalmente errado porque Dios no lo estaba castigando ni disciplinando. Al contrario, Dios pensaba que Job era “un varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”, así que no había ningún motivo para castigarlo o corregirlo. El sufrimiento de Job no se debía a un castigo de Dios sino a la obra del diablo, de Satanás. Por eso cuando uno hace un diagnóstico errado, siempre se equivocará en la terapia que aplique. Y Elifaz se equivocó.

Nosotros también podemos equivocarnos cuando diagnosticamos mal antes de orar por un enfermo y decimos “Hermano, Dios te va a sanar. Te declaro sano” o decimos “te cubro con la sangre de Jesucristo” como si fuera un talismán y al poco tiempo nos enteramos que no solo no se sanó sino que se murió. Así se hizo evidente que la frase “te declaro sano” estuvo vacía de contenido, de autoridad y de efectividad.

Tenemos que desaprender lo que aprendimos mal y volver a aprender según nos enseña la Palabra de Dios y no lo que oímos de algunos predicadores o de otras iglesias. También necesitamos aprender del Espíritu Santo para no dar una palabra o un texto fuera de lugar como hizo Elifaz. El texto puede ser la repetición de las mismas palabras de Jesucristo, pero si nuestro diagnóstico está equivocado, no tendrán ningún efecto. Por lo tanto, si en realidad vamos a ayudar a los que sufren, a los que están enfermos o en crisis, no prejuzguemos, no saquemos conclusiones precipitadas, no citemos textos de la Biblia solo por citar y humildemente reconozcamos nuestra propia ignorancia y nuestra necesidad que el Espíritu Santo nos guíe en lo que debemos decir.

**III PODEMOS APRENDER A FUNDAMENTAR NUESTRA FE**

 Porque a veces, en los momentos más oscuros de nuestra vida necesitamos reafirmar nuestra fe en Dios aunque todo pareciera derrumbarse. Y eso fue lo que hizo Job cuando dijo “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel en mi carne he de ver a Dios. Al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí” (Job 19:25-27).

 Pareciera que Job, como un águila moribunda desde el suelo abría y desplegaba sus alas para volar con la enorme declaración “¡Yo sé que mi Redentor vive!” En ese momento hizo una declaración de fe, una gran declaración al decir “después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios”. Y todo porque “Yo sé” y preguntamos ¿Qué sabes Job? “Yo sé que mi Redentor vive”. De esto estaba seguro Job, estaba firme en su convicción que Dios es real, que no es una idea o una creencia. Él vive. “Yo sé que mi Redentor vive”.

 “Al fin, él se levantará, se alzará sobre el polvo” el Redentor se levantará sobre el polvo, porque Cristo, nuestro Redentor se alzó desde el polvo resucitando de entre los muertos. Casi puedo percibir que Job corrió el velo de la historia y vio a Cristo, nuestro Redentor, cuando se levantaba victorioso por medio de su resurrección desde el polvo de la tierra, anticipando su futura resurrección para ver a Cristo cara a cara. Y para decirnos que la muerte fue vencida, que los dolores ya pasaron y que nuestra carne será transformada y estaremos para siempre con nuestro Redentor.

 El desenlace final del libro se da cuando los tres amigos de Job se quedan sin palabras y sin argumentos, cuando han dicho todo lo que tenían que decir y se quedaron callados. En ese momento interviene un hombre más joven llamado Eliú, que no estaba al comienzo y también desaparece al final, y cuando vio que nadie pudo defender a Dios y convencer a Job dijo “estoy lleno de palabras y me apremia el espíritu dentro de mí” y después de corregir a Job y exaltar a Dios, Dios mismo interviene haciéndole preguntas a Job, y una de ellas fue “¿O quién puso su piedra angular cuando alaban todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?” (Job 38:6-7).

 Dios le pregunta a Job “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?...y también le preguntó “¿Quién puso su piedra angular?” Esta pregunta es fundamental, porque Jesucristo mismo se consideraba la piedra del ángulo, o piedra angular, y el apóstol Pablo afirmó que en Cristo “habita toda la plenitud de Dios” y “él es el que sustenta todas las cosas”. La corona, la cúspide que todo lo une es Jesús el Hijo de Dios a quien están sujetas todas las cosas; es la piedra angular que fue puesta en ese grado de privilegio “cuando alababan todas las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios”.

 En un momento dado, mientras Dios creaba todas las cosas y los ángeles lo alababan, tomó a su Unigénito Hijo y lo puso como piedra angular de todo lo creado. Por eso es necesario, según el apóstol Pablo, que Cristo tenga la preeminencia en todo.

 Por eso necesitamos reafirmar el fundamento de nuestra fe que es Cristo. Necesitamos restablecer nuestra seguridad que no seremos avergonzados, como dice 1 Pedro 2:6 “Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la piedra principal del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado”. Y Job no fue avergonzado por haber creído en él, porque el libro concluye diciendo “Después de esto vivió Job cinto cuarenta años y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación”. Y Dios mismo lo llamó “mi siervo Job” (v.7) y dijo “de cierto a él atenderé”, y le dio una doble bendición “Y quitó Jehová la aflicción de Job cuando él hubo orado por sus amigos, y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job”. De esta manera Job recibió una herencia terrenal, pero también celestial, porque sin duda, algún día nos encontraremos con él, porque tenemos como base la misma piedra de ángulo que es Jesucristo.

CONCLUSIÓN

 ¿Es también Cristo el fundamento de tu vida? ¿Es tu piedra angular sobre el cual estás edificando tu vida? ¿Quieres recibir a Cristo para que sea así? Porque a partir de este punto Dios podrá reconstruir tu vida sobre este fundamento, porque “nadie puede poner otro fundamento que es Cristo, y así aprenderemos a no vivir con temor, aprenderemos a compartir la verdad de Dios y aplicarla sabiamente y aprenderemos a fundamentar nuestra fe en la Roca de los siglos, en Cristo Jesús, nuestro Salvador.